

Campanas tañen con dolor  
la tarde de Lunes Santo,  
trayendo hasta mi el olor,  
envuelto en pena y llanto,  
de una ofrenda de amor,  
de un Cristo que con encanto  
ofrece su vida en flor,  
haciendo suyo el llanto,  
y redimiendo al pecador.

¿Qué tiene tu cruz, Señor  
que sana todo quebranto,  
aliviando el cruel llanto  
y aliviando mi temor?  
¿Qué tiene tu cruz, Señor  
que mis ojos a ti levanto,  
entonando un bello canto  
transformado en oración?  
¿Qué tiene tu cruz, Señor  
para algunos desencanto,  
derrota en Viernes Santo  
para mi signo de amor?

Murmuran ya los balcones,  
se asoma la gitanilla y azahar,  
pues un Cristo entre oraciones,  
al compás del rachear,  
alivia sufrientes corazones  
en La Línea viendo, al Silencio pasar.

- Sr. tesorero del Consejo Local de HH. y CC y miembros de la Junta Permanente.
- Hermanos Mayores de las Hermandades de Penitencia y Gloria de Nuestra ciudad.
- Sr. Presidente de la tertulia cofrade “Bajo Palio”.
- Sr. representantes del Círculo Mercantil.
- Hermanos y hermanas todos.

Sean mis primeras palabras para agradecer a los miembros que forman La Línea Cofrade el honor y la responsabilidad que hoy me brindan para ser la voz que ponga palabras a la imagen del cartel que acabamos de descubrir. Honor por acordarse de mi persona para esta labor; y responsabilidad por intentar ser fiel a la intención del autor en el momento de tomar esta instantánea.

Plantarse ante la foto de nuestro cartel puede evocarnos dos grandes sentimientos: el primero relacionado con la labor catequética de la Semana Santa; y el segundo, lo que la instantánea misma nos transmite.

Por todos es bien conocido que nuestra Semana Santa no sigue un rigor a la hora de narrar los hechos de la Pasión de Nuestro Señor. Bendita maravilla y bendita la locura al salir cada día a la calle y no encontrarnos la Semana Santa ordenadamente por orden cronológico. Sabia es la vida y bien es sabido que la catequesis que nuestras Hermandades realizan por las calles de nuestra ciudad no responden al fin de narrar los últimos acontecimientos de nuestro Salvador. Su fin es bien distinto. Encontrarse con las imágenes de nuestras Hermandades responde, más bien, al fin de suscitar en nuestro interior el encuentro con un Cristo entregado por Amor a la redención de nuestros pecados y el dolor y amor de nuestra Madre Celestial que acompaña a su hijo camino del Calvario, arrojando de esta forma a toda la humanidad.

Por eso, observando este cartel podemos traer a nuestra presencia los ecos del Domingo de Ramos, de una chavalería jubilosa entonando cantos de alabanza a un Cristo Rey del Universo.

Puede evocar en nosotros los recuerdos de nuestros inicios cofrades, de la sensación de vestir el primer hábito nazareno o del primer costal, sensaciones que, a lo largo de la tarde, van difuminándose con los sonos de un Cristo Flagelado y una madre, Estrella en el firmamento, que languidece y se cierra en oscuro velo como preludio a la fotografía aquí presente.

De esta forma, poco a poco va aflorando el segundo de los sentimientos, aquel que nos consigue introducirnos poco a poco en el misterio de nuestra fe. Es necesaria la Cruz para que gocemos posteriormente de la Gloria de la Salvación. Es necesario el sufrimiento para gozar luego del silencio de la calma. Es necesaria la muerte de Dios, hecho hombre, para redimir al género humano del pecado de nuestros padres.

Cristo ha expirado en la cruz. Ha abierto sus brazos para abrazar a la humanidad entera. También a ti. A todos nosotros. Incluso a los que aún no le conocen. Las palabras sobran. El silencio es necesario para escuchar el latir de nuestros corazones, para interiorizar y escuchar lo que Jesús quiere de cada uno de nosotros.

Es el momento de la contemplación. De fijar nuestros ojos, al igual que la mujer del cartel, en la figura de Cristo que pide lo bajemos de la cruz y lo acogamos en nuestro regazo y nuestros corazones, al igual que su madre y la Magdalena.

No dejemos pasar la ocasión durante esta Santa Cuaresma de encontrar un momento para contemplar, a través de nuestra oración, la figura de Cristo en la Cruz. Vivamos ese momento haciendo que El Silencio de Cristo nos hable y guíe los pasos diarios de nuestras vidas. La cruz de Cristo es también nuestra cruz hasta el momento de vivir el gozo de la Resurrección plena.

Murmuran ya los balcones,  
se asoma la gitanilla y azahar,  
pues un Cristo entre oraciones,  
al compás del rachear,  
alivia sufrientes corazones  
en La Línea viendo, al Silencio pasar.